Aquí en Alemania

Herta Müller*



Herta Müller. **Foto:** © Bettina Flitner

Nada más llegar a Alemania, a los primeros tres días ya estaba invitada a una cena. El anfitrión tenía, cuando entré en la cocina, carne de cordero en el horno. Por primera vez veía un horno iluminado y con cristal. No podía apartar los ojos, la luz exponía la carne. Las burbujitas de calor reptaban de un lado para otro, respiraban y estallaban. Veía esa carne brillante y marrón como una película paisajística en un televisor de color: sol con bruma y la roca bovina habitada por animales vidriosos. El anfitrión abrió la puerta de cristal y dijo, mientras daba la vuelta a los trozos de carne: "Canetti también es de Rumania, ¿verdad?". Yo dije: "Es de Bulgaria". Él dijo: "Ah, vale, siempre confundo los dos países, pero me sé las capitales: Bulgaria con Sofía, Rumania con Budapest". Yo dije: "Budapest es la de Hungría, la de Rumania es Bucarest". Su manera de darle la vuelta a la carne con el tenedor se veía en mi película como si un cangrejo de río reordenara el paisaje. Y me daba la sensación de haberse confundido sólo por haber confundido los trozos de carne en la bandeja. Cerró la puerta de cristal y dijo: "Espero que te guste. ¿Has comido cordero alguna vez?". "En Rumania se come mucho cordero —le aseguré—. La epopeya nacional de los rumanos, su Cantar de los Nibelungos, trata de ovejas y pastores". "Qué divertido", dijo él. Le corregí: "No es divertido, trata de engaño y de completo abandono en medio del miedo, trata de dolor y de muerte".

El alemán es mi lengua materna. Desde el principio lo entendí todo en Alemania. Todas las palabras eran conocidas de cabo a rabo para mí. Sin embargo, los enunciados de muchas frases resultaban ambiguos. No sabía qué pensar de las situaciones,

> CONOCÍA EL DECIR Y EL CALLAR; SIN EMBARGO, DESCONOCÍA ESE JUEGO INTERMEDIO DEL SILENCIO HABLADO SIN CONTENIDO

la intención con la que se pronunciaban se me escapaba. Seguía el rastro de comentarios desenfadados como "qué divertido". Los entendía como frases definitivas. No entendía que querían ser nada más que un suspiro secundario, que no significaban nada, simplemente: "ah, vale" o "pues". Me los tomaba como frases completas, pensaba "divertido" sigue siendo lo contrario de "triste". En cada palabra pronunciada tiene que haber un enunciado, de lo contrario no se habría dicho. Conocía el decir y el callar; sin embargo, desconocía ese juego intermedio del silencio hablado sin contenido.

En Alemania, a la gente le gusta decir (y eso se hace hoy sin verificación alguna): "La lengua es la patria". Especialmente a los escritores les gusta decirlo. Han adoptado ese dicho de los autores que fueron expulsados por los nazis y condenados al exilio. Pero los autores del exilio que huyeron de la muerte sintieron en su propia piel muy duramente lo contrario; esto se puede leer en cada una de sus frases. Los expulsados tuvieron que mantener en alza el brillo de esta frase para no perderse a sí mismos en medio de tanta pérdida. Dentro de su propia cabeza, para no perderse camino de la frente a la boca. Para mis oídos esta frase significa: "Todavía me tengo a mí mismo". La lengua como última posesión en el caso más extremo. Sin necesidad no debería uno aventurarse a pronunciarla. Puesto que uno no se puede llevar la lengua. Se la ha de llevar. Sólo si uno estuviera muerto, ya no la

tendría, ¿pero eso qué tiene que ver con la patria? Incluso, si uno transporta la misma lengua de aquí para allá, no es la misma. Trastrabilla en la igualdad. Frases con palabras conocidas de cabo a rabo se vuelven extrañas, porque no se puede descifrar su relación con el asunto en cuestión. Me irrita la frase "la lengua es la patria" cada vez que la escucho. No se toma en serio el exilio como la aniquilación de la existencia. Se ha tardado, pero finalmente en Alemania se ha reconocido el Nacionalsocialismo como el mayor desastre causado por culpa propia. Sin embargo, cuando las conversaciones pasan de las generalidades al detalle, existen huecos como esta frase, donde el pesar normalizado se convierte en irreflexión. "La lengua es la patria." Si eso fuera cierto, cualquier exilio sería aguantable como una patria muy cercana e íntima. Naufragado en la nada, uno tendría una segunda patria debajo de su piel, hecha a medida y muy superior a cualquier geografía o familiaridad. Uno podría, con la esquizofrenia de esta lengua metida en la cabeza, seguir siendo alegremente "patriado".

Como contrapartida de la frase "la lengua es la patria", tomé nota de lo que dice Jorge Semprún, como de pasada, en su último libro sobre su época como ministro de cultura: "La patria no es la lengua. La patria es lo que se habla". Y en un país se habla de lo que se hace con la cabeza, las manos y los pies. Llegado al resbaladizo parqué de intrigas y rituales de la alta política, el pensamiento del ministro de cultura Semprún sigue retornando a Buchenwald, al exilio y a la clandestinidad. Él sabe que la patria es la concordancia interior con lo que sucede en el exterior. Y en la dictadura franquista, España no era una patria. Como tampoco era una patria el ruso para Sacharow durante su arresto domiciliario. En "la patria es lo que se habla" se expresa la persecución como un "no formar parte", agudizado hasta la amenaza de muerte, también sin exilio. La frase demuestra que para tantos chinos, paquistaníes, iraníes, serbios o cubanos, la lengua no constituye una patria, como tampoco lo hace el país. La frase de Semprún es precisa y no alberga sentimiento alguno; sin embargo, en Alemania se prefiere la antigua y sentimental con el consuelo incorporado. Un consuelo sinuoso que basta mientras uno no lo necesite, pues dispone de suficiente concordancia en casa y no tiene idea del sufrimiento ajeno.

Dos veces compré flores en la misma tienda. La dependienta, una mujer en su cincuentena, se seguía acordando de mí de una visita a otra. Así que, como recompensa por haber vuelto, escogió para mí los conejitos más hermosos del cubo, titubeó un momento y preguntó: "¿Qué paisana es usted, es francesa?". Puesto que no me gusta la palabra "paisana", yo también vacilé, y entre nosotras se colgó un silencio antes de que yo respondiera: "No, soy de Rumania". Ella dijo: "Bueno, no pasa nada", y sonrió como si de repente tuviera dolor de muelas. Sonó amable, como si dijera "eso le puede pasar a cualquiera, sólo es una pequeña tara". Y ya no levantó la vista, mantuvo los ojos clavados en el ramo envuelto. Estaba avergonzada, pues me había sobreestimado. Ya al pedir conejitos con el nombre de "boquitas de león", pensé: en mi alemán traído de allá, de Rumania, estas flores se llaman "boquitas de rana"; en el idioma pueblerino de mi casa se decía directamente "croares", es decir, simplemente el canturreo que emiten las ranas. La diferencia entre leones y ranas no podía ser mayor; comparar los dos animales es absurdo. Las "boquitas de león" alemanas son boquitas de rana grotescamente sobreestimadas. De la misma manera me sobreestimaron a mí unos minutos más tarde.

> "LA LENGUA ES LA PATRIA." SI ESO FUERA CIERTO, CUALQUIER EXILIO SERÍA AGUANTABLE COMO UNA PATRIA MUY CERCANA E ÍNTIMA. NAUFRAGADO EN LA NADA, UNO TENDRÍA UNA SEGUNDA PATRIA DEBAJO DE SU PIEL, HECHA A MEDIDA Y MUY SUPERIOR A CUALQUIER GEOGRAFÍA O FAMILIARIDAD. UNO PODRÍA, CON LA ESQUIZOFRENIA DE ESTA LENGUA METIDA EN LA CABEZA, SEGUIR SIENDO ALEGREMENTE "PATRIADO"

Cuántas veces he tenido que decir en Alemania de dónde soy. En el kiosco, en la sastrería de arreglos, en la zapatería, la panadería o la farmacia. Entro, saludo, pido lo que quiero pedir, los dependientes me atienden, dicen el precio y entonces, tras un trago vacío de aliento: "¿De dónde es usted?". Entre poner el dinero en la barra y guardar la vuelta digo: "De Rumania". Dado que hay que hablar un poquito sobre el zapato o el vestido, sobre lo que se puede hacer y lo que no, hasta aclarar los procedimientos técnicos, pronuncio varias frases completas seguidas. Y me despiden con el comentario: "Ya habla usted bastante bien el alemán". No quiero dejarlo así y, sin embargo, no tengo nada que añadir. El corazón me late en los oídos, quiero salir a la calle cuanto antes y lo más disimuladamente posible, de modo que me equivoco en la puerta y llamo la atención: en vez de empujar, tiro del picaporte o en vez de tirar, empujo. Quiero desaparecer y ser invisible y soy el hazmereír del día. Pues en la puerta de la sastrería o de la zapatería, además, cuelga una campanita que pone en música mi estado interior. El latido de mi corazón canta en todo el taller, antes de conseguir finalmente salir. Es una campanita señorial. A menudo hay otros clientes delante que ladean un poco la cabeza y miran.

Inmediatamente después, al andar por la calle, me imagino cómo sería si todos los clientes anteriores y los que llegan después de mí tuvieran que decir de dónde son. Repaso nombres de lugares y rimas: "Buenos días, quiero jarabe para la tos y soy de Voss. Buenos días, quiero aspirina y soy de Tubinga. Buenos días, quiero dos barras de pan y soy de Aquisgrán. Buenos días, quiero cuchillas de afeitar y soy de Neuenahr". O al despedirse: "Hasta luego, soy de Colonia y volveré otro día". Me hago reír sabiendo que, en primer lugar, río demasiado tarde y, en segundo lugar, me río de mí misma, ya que este entramado de rimas no hace daño a nadie, y a mí no me servirá de nada la próxima vez. Me hago un poco de música contra la campanita en la puerta, pero no me hago una piel más curtida. Y la necesitaría como los zapatos necesitan suelas nuevas.

Cuántas frases empiezan desde hace años con las palabras: "Aquí en Alemania...". Quisiera ponerme a la defensiva, pero al final mantengo la compostura

y digo: "Pero si yo también estoy aquí en Alemania". Ante una mirada incrédula y de ojos muy abiertos, me repiten entonces con aparente retractación: "Pero aquí en Alemania no se dice *Bretsel* sino *Breetsl*. La primera "e" hay que alargarla y la segunda, tragársela, ¿me entiende? No tiene importancia, pero ahora ya lo sabe". A continuación una sonrisa que significa, según pienso: "No pasa nada". Sin embargo, acto seguido, viene en tono de pregunta la frase: "¿Todo bien?". Yo asiento con la cabeza y supero todas las expectativas al decir "*Laugenbreetsl*". Y el dependiente dice: "*Toll*", "genial". Continúa sonriendo cuando el siguiente cliente pide un "pan de soltero". Yo ya estoy en la escalera mecánica y la palabra *"toll"* me ronda por la cabeza. Yo sólo conozco significados muy distintos de *"toll"*: *Tollwut* (rabia), *Tollkirsche* (belladona), *Tollhaus* (manicomio), *Atoll* (atolón), *tollkühn* (temerario). También tolerancia y Ayatolá suenan a *"toll"*. Cada una de estas palabras es casi tan larga como *Laugenbreetsl*. ¿Debería habérselas enumerado al dependiente?, ¿o haberle cantado el anuncio de pan en el metro?: "Ante el altar la novia permanecía callada / un sabroso bocadillo de pan *Pech* masticaba". Debería haberle dicho al dependiente cuánto me gusta la palabra "pan *Pech*". Que pan *Pech* para mí expresa, de la manera más sucinta, todo lo que las dictaduras hacen a la gente. En los interrogatorios el agente secreto me decía a menudo que no debía olvidar que comía pan rumano. En aquel entonces no se me ocurría cómo llamar con una única palabra el suplicio al que me sometía. Tuve que esperar hasta el anuncio de pan en el metro de Berlín para averiguar la palabra correcta para el agotamiento de nervios. Estaba asombrada: la frase "He comido mi pan *Pech*" es tan desconcertantemente clara como aquella de Semprún: "La patria es lo que se habla". La expresión es tan adecuada para describir una dictadura que incluso se podría decir: "Puesto que Semprún comió su pan de brea, sabe que la patria no es la lengua sino lo que se habla".

EN LOS INTERROGATORIOS EL AGENTE SECRETO ME DECÍA A MENUDO QUE NO DEBÍA OLVIDAR QUE COMÍA PAN RUMANO. EN AQUEL ENTONCES NO SE ME OCURRÍA CÓMO LLAMAR CON UNA ÚNICA PALABRA EL SUPLICIO AL QUE ME SOMETÍA



Herta Müller. **Foto:** © Bettina Flitner

De qué se habla cuando encuentro a mi vecina abajo, junto a los buzones, y me cuenta, al subir juntas la escalera, que por la noche no pega ojo porque su hijo de tres años viene entre las dos y las tres de la madrugada con un cordero de peluche a su cama y quiere jugar: "Esto es el terror puro y duro", afirma, "el servicio secreto rumano no podría haberse imaginado algo peor". De profesión es historiadora. ¿Debo decirle que el servicio secreto rumano no quería jugar conmigo a los peluches?

Traducción: Cecilia Dreymüller

***Herta Müller.** Nació en Nitzkydorf, Rumania, en 1953. Estudió Filología y trabajó como traductora y profesora de alemán. En 1982 se publicó en Rumania una edición fuertemente censurada de su libro de relatos *En tierras bajas*, considerado una profanación de la patria por la cruda exposición de la vida en la diáspora alemana. Perseguida por la Securitate, logró abandonar Rumania en 1987 y establecerse en Berlín. Allí publicó en 1992 *La piel del zorro*, y en 1994, *La bestia del corazón*, sendos ajustes de cuentas con la Rumania de Ceaucescu. En su novela *Hoy hubiera preferido no encontrarme a mí misma* narra sus experiencias con el servicio secreto rumano. Su novela *Todo lo que tengo lo llevo conmigo*, de 2008, versa sobre la deportación de la minoría germanoparlante de Rumania y su confinamiento en un campo de trabajo soviético después de 1945. Sus ensayos de *El diablo está en el espejo* y *El rey se inclina y mata* exploran la relación entre lenguaje y dictadura. Paralelamente a su obra en prosa ha publicado tres volúmenes de poemas-collage, también traducidos al español. En 2009 recibió el Premio Nobel de Literatura.